

## RESEÑAS DE LIBROS

## BOOKS REVIEWS



PEÑA, Lorenzo

### *Estudios Republicanos: Contribución a la filosofía política y jurídica*

México/Madrid: Plaza y Valdés Editores, Abril 2009

ISBN: 978-84-96780-53-8

Páginas: 460. PVP: 24,50 euros

El último libro de Lorenzo Peña confirma su viraje disciplinario hacia la filosofía jurídica, área en la que se viene desenvolviendo casi toda su producción intelectual de los últimos años, con un buen ramillete de trabajos, muchos de ellos coautorados con Txetxu Ausín.

Este libro da un paso más en este cambio de orientación temática, ya que es un texto de filosofía no sólo jurídica sino también política. En él se presenta una discusión de la corriente del republicanismo cívico representada por Philip Pettit, frente a la que el autor nos propone un republicanismo de cuño totalmente distinto, que no se inspira para nada en la tradición anglosajona (a pesar de la bien conocida adscripción de Peña a la filosofía analítica), sino más bien en tradiciones latinas, como la del republicanismo radical francés, el solidarismo de León Duguit y la escuela del servicio público así como la propia tradición del pensamiento liberal y republicano español, principalmente la corriente krausista de Francisco Giner de los Ríos que indirectamente influyó en la Constitución de la II República, esta República de Trabajadores de toda clase que Peña toma ahora como modelo para un futuro diseño del Estado español.

El libro se divide en tres partes absolutamente desiguales: la primera acerca de

la República como valor ético y jurídico; la segunda acerca de los deberes y derechos humanos; la tercera, titulada "Hacia una República universal", formula unos planteamientos sobre temas de relaciones internacionales, siempre ligados a la defensa de los derechos fundamentales del individuo.

En esta reseña voy a dejar de lado todo lo relativo al encuadramiento macro-político y filosófico, que ocupa los capítulos 0 (introdutorio), 1 (el valor de la hermandad en el ideario republicano radical), 2 (vigencia de la constitución republicana de 1931), 3 (el poder moderador en la monarquía y en la república), 4 (la memoria republicana como elemento de la conciencia nacional), 5 (un nuevo modelo de república: la democracia justificativa, quizá el más original y provocativo, con una audaz propuesta que hoy por hoy no encontrará muchos adeptos) y 6 (los valores republicanos frente a las leyes de la economía política). O sea, dejo de lado toda la Parte I, aunque la misma ocupa más de la mitad del libro. Voy a concentrarme en su tratamiento de los derechos humanos, que es el tema, no sólo de la Parte II sino en realidad también, en buena medida, de la Parte III.

El capítulo 7 ofrece una defensa de los derechos positivos o de bienestar, con un

argumento que no figuraba en su estudio precedente sobre la cuestión (*Los derechos positivos: Las demandas justas de acciones y prestaciones*, de Peña y Ausín [con la colaboración de otros autores], Plaza y Valdés, 2006). El argumento nuevo es el rechazo de la teoría del pacto social que está en la base de las concepciones individualistas, desde Hobbes, Locke y Rousseau hasta Rawls y Nozick, en las cuales se entiende una primacía ontológica del individuo respecto a la sociedad formada, imaginariamente, por una concertación de voluntades individuales, la que dejaría a salvo los derechos negativos o de libertad –siendo ya discutible qué cláusulas de participación en el bienestar ajeno podría contener (Rawls, p. ej., da cabida a un cierto acuerdo de cláusula redistributiva en este pacto social)–. Siguiendo a Aristóteles y a toda la tradición premoderna, Peña concibe al ser humano como naturalmente social y demuestra que el propio escenario de tal pacto es un sinsentido, porque no se puede describir de modo inteligible. En su visión, el hombre siempre está inserto en una colectividad, una *res publica*, en la que los esfuerzos para lograr el bienestar son colectivos, existiendo, correlativamente, un deber de colaborar para este bien común y un derecho de beneficiarse del mismo, en lo que se fundan los derechos positivos. Este beneficio se canaliza a través del servicio público, esta

**PIMENTEL, Juan**

## *El Rinoceronte y el Megaterio. Un ensayo de morfología histórica*

**Madrid, Abada Editores, 2010, 320 pp.**

Cuando escribo la reseña de un libro que no me ha gustado, a pesar de tratarse de una obra avalada y salida de la pluma de un autor reconocido, suelo reservar mi juicio para el final de la reseña, en un ingenuo intento por justificar previamente mi disgusto para suavizar o disimular –en balde, supongo– mi desazón por el tiempo invertido en la lectura. Por una especie de regla de tres, cuando sucede lo contrario y la impresión causada por la obra es muy positiva, tengo serias dificultades para reprimirme y no sentenciar de entrada, y aunque sea sin aportar ningún tipo de prueba o argumento que no sea mi credibilidad –sea poca o mucha– como lector y crítico, que nos encontramos ante una investigación excelente y un trabajo soberbio. Esto segundo es, precisamente, lo que me ha sucedido con el último libro de Juan Pimentel, Científico Titular en el Instituto de Historia del CSIC, especialista en historia cultural de la ciencia y autor de obras como *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (Marcial Pons, 2003) o *Viajeros científicos. Jorge Juan, Mutis, Malaspina* (Nivola, 2008, 2.ª ed.).

En *El Rinoceronte y el Megaterio*, Pimentel se propone una tarea tan difícil y arriesgada, como motivadora y apasionante. Consiste dicho reto en escribir un ensayo de historia cultural de la ciencia, de la Revolución Científica que tiene lugar en Europa durante la Edad Moderna, partiendo de dos ejemplares de animales convertidos por el autor en aquello que Gianni Rodari llamó “binomio fantástico”; dos elementos distintos, dos seres inconexos y sin ninguna

relación aparente que los una, en los que el autor trata de encontrar un nexo en común que los emparente, una afinidad o ligazón oculta que mediante la recreación y el contraste de su doble historia, pueda salir a la luz. Las dos especies de las que se vale Pimentel para trazar este panorama sobre la situación del conocimiento científico en los siglos que van del XVI al XIX son dos especies –el rinoceronte y el megaterio– cuya primera comparación o cotejo nunca nos haría pensar en la cantidad de concomitancias y vínculos que entre ambas trayectorias encuentra el autor.

Digo esto porque se trata de dos animales descubiertos en lugares distantes y en momentos de la historia también distintos; de hecho, y como nos recuerda el autor, los hallazgos y la posterior difusión de su existencia coinciden cronológicamente con los albores –en el caso del rinoceronte– y con el final –hablando del megaterio– de ese período de la Revolución Científica del que ellos serán testigos y protagonistas. Aun separados en sus descubrimientos por casi tres siglos y distanciados en su existencia sobre la Tierra por decenas de miles de años, ambos llegarán a la Península Ibérica en dos momentos muy concretos y se convertirán, gracias a su oportuna aparición y su difusión internacional, en dos iconos de la Modernidad, dos símbolos del avance y el progreso científico.

En la primera parte de su ensayo, construido como una doble biografía que parte de dos puntos de origen alejados, pero comparte alguna parada del viaje y acaba en cierta forma, confluyendo en el punto de

destino, Pimentel reconstruye con maestría y valiéndose de una erudición desbordante, la historia de Ganda: el rinoceronte que llega embarcado a Lisboa el 1515, procedente de la India y como un regalo para el rey de Portugal, Manuel I, quien posteriormente lo quiso reenviar como un lujoso presente para el Papa León X. La historia del paquidermo Ganda, símbolo y metáfora de la llegada del exotismo y el lujo oriental a un Occidente racionalista y cristiano, que vive el apogeo del Renacimiento italiano y el poderío pontificio, así como la posterior exhibición de ese prodigio de la naturaleza nunca antes visto por estas latitudes, constituyen un proceso de apropiación que el autor interpreta hábilmente como una suerte de domesticación de Oriente por parte de Occidente; una conquista que va más allá de la posesión física del animal, pues esto es solamente el principio. De hecho, y como explica Pimentel, si la historia de Ganda ha llegado a nuestros días es gracias al impresionante grabado que le dedicó Durero y a su posterior reproducción en serie y difusión en forma de copias que circularon durante la Época Moderna por todo el mundo conocido. Sin estos grabados y copias, del rinoceronte sólo se hubiera conocido su leyenda, originada en las descripciones que del animal nos ofrecen en sus obras Plinio y Estrabón. El rinoceronte de Durero, resultado de su capacidad para imaginar (el artista no lo vio nunca físicamente, solamente a través de dibujos del ejemplar que le facilitaron) y para recrear lo desconocido, creando así el conocimiento, es un ejemplo, insiste Pimentel, de la innegable relación que unió a la ciencia y al arte en el nacimiento

del mundo moderno. Igualmente, la historia de Ganda es también la historia de la tecnología (la invención de la imprenta y la producción en serie del grabado de Durero que hizo posible su difusión) que posibilitó una especie de primera globalización internacional, en el centro de cuyo éxito se situaba no la palabra y la cultura escrita, como había sucedido hasta entonces, sino la cultura visual, la imagen y su poder evocador.

El otro protagonista de estas vidas paralelas diseñadas por Pimentel es el megaterio, un enorme mamífero emparentado con los perezosos y extinguido en América del Sur hace más de 8.000 años. Para ser precisos, los protagonistas son los huesos de un megaterio encontrado en 1787 en la cuenca de uno de los afluentes bonaerenses del Río de la Plata y trasladado a La Coruña y, posteriormente, al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde el esqueleto del animal fue reconstruido y estudiado, en la primera fase de un largo proceso que acabó con la identificación –que era también la creación– de una especie hasta entonces desconocida. Si en el caso del rinoceronte la persona clave del proceso de difusión fue Durero, en el del megaterio argentino llegado a Madrid lo fue el joven naturalista francés Georges Cuvier, responsable de bautizar la especie y de construir y divulgar la historia de un animal sobre el que no se disponía –a diferencia de lo que sucedía con el rinoceronte, que tenía ya su nombre y leyenda propia– de ningún tipo de información o referencia en la que apoyarse. Como había hecho Durero, nos explica el autor, Cuvier puso en pié la historia del megaterio valiéndose de su talento y de su poderosa imaginación para ver e intuir algo –la apariencia externa del animal “propietario” de aquel esqueleto–

que jamás había visto; del mismo modo, serán otra vez los dibujos y grabados con la imagen de su esqueleto montado y desmontado en huesos, lo que permitirá la circulación del descubrimiento por el orbe científico. Ambos ejemplos sirven al autor para demostrar dos de las tesis en las que más insiste a lo largo de estas páginas: el extraordinario poder de la imaginación –usada por todos los que intervinieron en ambos procesos– y de lo imaginado, de lo no visto ni directamente experimentado, como instrumento para la creación del conocimiento científico e histórico; y, por otro lado, el carácter eminentemente social y colectivo de la ciencia, de su proceso de creación y difusión. En este sentido, y desmintiendo en parte la imagen tópica del científico loco y brillante que hace su descubrimiento en el laboratorio, donde vive y trabaja aislado de la civilización, el autor nos describe dos procesos sociales a muchas bandas, en los que intervinieron y terciaron decenas de científicos y humanistas de la época en ambos lados del Atlántico.

Sinceramente, me parece que el libro de Juan Pimentel es una obra original y pionera en la historiografía española, un ejercicio de orfebrería histórica en el que el autor demuestra conocer y manejar una variedad de recursos técnicos, narrativos y bibliográficos, poco habitual entre los de nuestro gremio, cada vez más encerrados en nuestra disciplina, más limitados a la parcela de nuestra especialidad. *El Rinoceronte y el Megaterio* es un magnífico libro de historia cultural de la ciencia, pero es también un ensayo en el que se nos habla de las mentalidades de la Europa moderna (la descripción de los gustos y las prácticas de las monarquías europeas que hace el autor recuerda en algo al Marc Bloch de

*Los reyes taumaturgos*) y un libro en el que la historia está contada como un relato detectivesco que atrapa la curiosidad del lector y no la libera hasta el final. Por cómo está construido el ensayo, hilando interrogantes sin resolver que el autor va planteando sobre la marcha y formulando conjeturas e hipótesis sobre su posible resolución, me atrevo a decir que estamos también ante uno de los mejores ejemplos de análisis microhistórico realizado por un historiador español, puesto que Pimentel emplea con soltura el método cognoscitivo del “paradigma indiciario”, adoptado por Carlo Ginzburg y llevado a su máxima expresión en *El queso y los gusanos*. Como anuncia Pimentel en su introducción, estamos ante un ensayo que se propone algo tan loable y poco usual entre historiadores –quizá por ser poco buscado– como es provocar al lector, contarle una historia que le enseñe y le entretenga a la vez. Al leer *El Rinoceronte y el Megaterio* se tiene la sensación de acompañar al autor en un viaje al pasado; de estar reconstruyendo los hechos, cual detective de la historia, a la vez que los reconstruye el autor; de estar descubriendo algo que no sabía nadie, al tiempo que lo descubre y nos lo descubre el autor; se tiene la sensación, en definitiva, de estar divirtiéndose leyendo un relato, de la misma forma que se ha divertido el autor al crearlo, compartiendo su intriga y angustia inicial, pero con una alicuota recompensa final, al experimentar esa sensación de felicidad –y tranquilidad– que nos invade al comprobar que todas las piezas del rompecabezas encajan, que no hay ningún hueco por llenar y que, como sucede en este libro, ninguna pieza sobra.

Por **Francisco Fuster García**  
Universidad de Valencia